

## **LA BELLEZA EN SANTO TOMAS DE AQUINO Y SU INFLUENCIA EN LA OBRA DE LEOPOLDO MARECHAL**

Por Juan Marcos Pueyrredón

### **LA BELLEZA EN SANTO TOMAS**

Santo Tomás, define lo bello como “lo que agrada a la vista” (1). Destaca Maritain “estas cuatro palabras dicen lo necesario: una visión, un conocimiento intuitivo, y un goce. Lo bello es lo que da gozo, no cualquier gozo, sino el gozo en el conocer; no el gozo propio del acto de conocer, sino un gozo que sobreabunda y desborda de este acto a causa del objeto conocido” (2).

La belleza es pues objeto de la inteligencia, pero cae también bajo el alcance de los sentidos en la medida en que estos sirven a la inteligencia y pueden gozar también conociendo, principalmente la vista y el oído. “La función de los sentidos en la percepción de la belleza es casi indispensable, pues nuestra inteligencia no es intuitiva, puede conocer sin duda, pero no en forma directa, sino a través de la abstracción y del discurso, en cambio en el conocimiento sensible se da un conocimiento intuitivo y directo que permite la percepción de lo bello. Si bien el hombre puede gozar de la belleza puramente inteligible, la belleza connatural al hombre es la que viene a deleitar la inteligencia por los sentidos”. (3)

De allí que las notas esenciales de Sto. Tomas de la belleza son: a) integridad o perfección porque la inteligencia ama el ser, b) proporción porque la inteligencia ama el orden y ama la unidad y c) claridad, porque la inteligencia ama la luz y la inteligibilidad. (4) Por eso decían los antiguos que la belleza es un cierto resplandor, el brillo o claridad pertenece a la esencia de la hermosura, la luz embellece, sin luz, las cosas son feas. Es un resplandor de inteligibilidad. (5) Esplendor del orden decía San Agustín y esplendor de la forma decía Sto. Tomas, o sea el principio que hace a la perfección de lo que es, pues toda forma es un vestigio, como si fuera un rayo de la Inteligencia Creadora impreso en cada ser creado.

Todo orden y toda proporción es obra de una inteligencia. Decir que la belleza es el resplandor de la forma sobre las partes proporcionadas de la materia significa decir un resplandor de inteligencia sobre una materia inteligentemente dispuesta. La inteligencia goza de lo bello porque en lo bello se reconoce y toma contacto con su propia luz. (6)

Lo bello es deleitable, por lo que mueve al deseo y produce el amor, mientras que la verdad no hace otra cosa que iluminar. El amor a su vez produce el éxtasis, pone fuera de sí al que ama y es una forma disminuida de este éxtasis lo que experimenta el alma cuando es arrebatada por la belleza de la obra de arte y su plenitud lo que experimenta cuando es absorbida por la Belleza de Dios. Y aún Dios mismo, como dice Dionisio sufre en cierta medida un éxtasis de amor, a causa de la abundancia de su bondad que le hace derramar en todas las cosas una participación de su esplendor. Su amor causa la belleza de lo que El ama, mientras que el nuestro es causado por la belleza de lo que amamos. (7)

Lo mismo que lo uno, la verdad y el bien, la belleza es el ser mismo tomado bajo un cierto aspecto, es una propiedad del ser, no es un accidente, pues como dice el Tomás no añade más que una relación de razón, es el ser mismo tomado como capaz de deleitar por su sola intuición una naturaleza intelectual. La belleza es análoga como los demás trascendentales. Dios es el supremo Analogado y estos conceptos

solo se hallan en las cosas como un reflejo participado del Rostro de Dios, En este sentido la Belleza es uno de los Nombres Divinos. (8)

Dios es bello, como lo exponen Dionisio y Sto. Tomas, “su belleza es sin alteración ni vicio, sin aumento y sin disminución, las cosas tienen en cambio una belleza particularizada. Dios es bello en sí mismo y por sí mismo, absolutamente bello. Es bello hasta el exceso (superpulcher dice Dionisio) porque en la unidad simple de su naturaleza preexiste de una manera superexcelente la fuente de toda belleza. Él es la Belleza misma”.

Dios da la belleza a todos los seres creados según la propiedad de cada uno y es la causa de toda consonancia y de toda claridad. Toda forma, es decir toda luz, es cierta irradiación proveniente de la Claridad primera, una participación de la Claridad divina, pues en algún sentido, de la Hermosura Divina se deriva el ser de todas las cosas. (9)

La belleza pertenece al orden trascendental y metafísico, por eso de suyo tiende a transportar el alma mas allá de lo creado, en última instancia a Dios, que es el Ser y el Bien Absoluto, que es la Belleza misma, de la cual todos los seres participan. (10)

### **DESCENSO Y ASCENSO DEL ALMA POR LA BELLEZA**

Como destaca el Prof. Barcia este ensayo es la clave de la introducción a toda la obra literaria de Marechal. “No hay en la literatura un ensayo de estética de su calidad expresiva y de su organizada concepción cristiana del mundo. Marechal se dirige a los artistas, pero su llamado se difunde sin esfuerzo a toda persona preocupada por dotar sentido a la realidad, alcanzar una visión de totalidad que aquí se ofrece a partir de la belleza”. (11)

La originalidad de la obra es Marechal junto a su amigo, el poeta Bernárdez quien prologa el libro que comentamos y dice: “Publica Marechal ahora su primer libro de prosa que se llama ‘Descenso y Ascenso del Alma por la Belleza’”. En un lenguaje que participa de la tesura y de la profundidad significativa que se advierte en el de los místicos españoles de la mejor época, se describe en esta glosa admirable, los movimientos del alma en sus afanes por alcanzar la felicidad sin límites de la luz increada. Asistimos primero a la caída del ser en la variedad hermosa de las creaturas, debatiéndonos inútilmente en ellas, en procura de un asunto firme para su inquietud de agua para su sed, de alimento para su voracidad infinita y luego, cuando ya todo parece acabado, cuando nada ofrece lo prometido, cuando la belleza circundante muestra ser belleza de efecto y no de causa, cuando el mundo cede como un barco cansado y lejos del puerto, oímos el llamado que viene de arriba y que arrastra consigo y que arrebatada en una asunción gradual de lo relativo a lo absoluto, de lo contingente a lo eterno hasta devolver el alma (por vía de la hermosura) al centro de donde salió por error y que no es otro que Dios mismo”.

“Obra de neto cuño platónico-agustiniano, cruzada y fecundada por Santo Tomás y San Dionisio el Areopagita es un regalo más que nuestras letras nunca agradecerán bastante a este gran poeta y gran cristiano que se llama Leopoldo Marechal” (12) El Argumento de todo el libro (13), y del cual éste nace, corresponde a las Sentencias de Isidoro de Sevilla (560-636), cuya obra mayor es las Etimologías, uno de los libros más leídos de la Edad Media. Marechal parte de la sentencia y hace una glosa de la misma.

El símbolo mas abarcador, eje de la concepción filosófica, teológica y poética de Marechal, nos dice Pedro Barcia es la aventura de un alma viajera. “El alma es itinerante, hace un camino, es criatura en camino, es homo Viator. El alma es la protagonista de la aventura hacia Dios a través de las creaturas. Como en San Juan de la Cruz. “Mil gracias derramando” / paso por estos actos con presura” / y yéndolos mirando” / con solo su figura/ vestidos los dejó de su hermosura” (14)

El alma es, pues la lectora del libro iluminado del mundo. Intus-legere, como decía el Prof. Komar, el hombre lee con su inteligencia el Nombre de Dios en la belleza de lo creado. Esta unión del alma y Dios es el fin del camino, la unidad gozosa. Por la belleza de las creaturas, el alma primero desciende y luego asciende a la Belleza increada. Los Salmos dicen: “los cielos cantan la gloria de Dios, la obra de sus manos anuncia el firmamento”, pues, la belleza y la verdad de este mundo son reflejo de la Verdad, del Bien y de la Belleza Absoluta.

Como bellamente describe la Dra. Marisa Mosto: “el ensayo de Marechal ha sido escrito a la manera de un diálogo, la aventura de un alma viajante cuyo itinerario cuenta con doce estaciones que desembocan en el símbolo de la Cruz”. En el Argumento inicial, el autor invita a su alumna Elbiamante a recorrer ese viaje misterioso de descenso y ascenso del alma por la Hermosura “a la que aúna inmediatamente con el Amor y la Felicidad” e invita también “a los artistas que trabajan con la hermosura como con un fuego: tal vez logre yo hacerles conocer -escribe Marechal- “la pena de jugar con el fuego sin quemarse.” pues el artista tiene que asumir la responsabilidad de su tarea para con su tiempo”. (15)

**1ª Estación: la Sentencia de San Isidoro.** Transcribe Marechal en el comienzo de la primera estación un texto de San Isidoro de Sevilla, (síntesis magistral a su juicio, del pensamiento de Platón, Dionisio y San Agustín) que le servirá de guía para la indagación de su lección: *«Por la belleza de las cosas creadas nos da Dios a entender su belleza increada que no puede circunscribirse para que vuelva el hombre a Dios por los mismos vestigios que lo apartaron de Él; de modo tal que, al que por amar la belleza de la criatura se hubiese privado de la forma del Creador, le sirva la misma belleza terrenal para elevarse otra vez a la hermosura divina»*. Son dos movimientos que encarnan el hilo orientador de todo ese viaje amoroso. La revelación de la Belleza Increada en la creada, un movimiento del alma de descenso o separación y otro de ascenso o retorno. “El texto de San Isidoro, - tiene para mí dice el poeta-, “la virtud de una síntesis; en dos movimientos comparables a los del corazón, un descenso y un ascenso del alma por la hermosura. Es un “perderse” y un “encontrarse”, por obra de una misma esencia y de un mismo amor. Y el Amor es aquí nombrado, porque lo bello nos convoca y a la belleza el alma se dirige según el movimiento amoroso; por lo cual toda ciencia de la hermosura quiere ser una ciencia de amor” y como el alma por vocación tiende a la dicha, la ciencia de lo bello quiere llamarse ahora ciencia de la Felicidad”(16)

**2ª Estación: La belleza creada.** La belleza de las cosas creadas con las que tratamos en nuestra vida es relativa, creada y perecedera. “Conmueve, pero no la detiene, pasa, pero no desaparece, como dice Marisa Mosto, y así, de algún modo, el hombre intuye en su alma la noción de otro tipo de Belleza. Si a la primera la llamamos relativa y perecedera, lo hacemos en la sospecha de que hay alguna Otra, absoluta y eterna”. (17) De esta forma, Marechal recurre desde el inicio de su ensayo a la perspectiva de la metafí-

sica de la participación para dar cuenta de esa experiencia: “Nombramos bello, continua el Poeta a lo que participa de la belleza (...) todos los seres, cada uno a su modo, toman del Infinito su hermosura.” Pero, ¿qué es en definitiva la belleza? Siguiendo a Santo Tomás, Marechal nos dice que es “hermoso aquello que place a la vista”. La vista se encuentra íntimamente relacionada con el conocimiento y sugiere por añadidura una manera de conocer de modo que algo se nos revela en la belleza sensible, y el placer que nos provoca es un “conocimiento deleitable” cuya “beatitud” “nos hace ver el carácter «trascendental» de la dicha” (18) ¿Y qué es lo que ilumina o resplandece ante nuestro conocimiento por mediación de la belleza, se pregunta nuevamente el Poeta? e inmediatamente responde: es el Esplendor de “lo verdadero” (splendor veri), dicen los platónicos; Esplendor de la forma (splendor formae) enseñan los escolásticos, esplendor del orden o de la armonía (splendor ordinis) define San Agustín, se trata de una verdad oculta y latente en las formas creadas en las que cada creatura muestra: (...) su modo especialísimo y también inalienable de participar en la excelencia del ser, manifestando una de las infinitas posibilidades ontológicas que se dan en el Ser Absoluto y que conoce. (19)

Y Dios por su divino intelecto se manifiesta por su Verbo. Es este “Verbo admirable” la fuente y lo Esplendente, la clave más bella y expresiva de cada belleza creada. De allí, que “la gracia o el esplendor que se manifiesta en la belleza, se nos aparece como un “desbordamiento, como algo que se sale de madre y rebasa, “encierra siempre la sensación de un exceso, de la presencia del Infinito en lo finito, de algo que desborda “como la espuma de un vino precioso en el vaso que lo contiene. De este modo la belleza se ofrece como puente inestimable que reconduce a la creatura hacia su Origen. (20)

**3ª Estación: ¿De qué manera conozco lo bello?** El conocimiento de la belleza nos dice Marechal es “intuitivo, experimental, directo y por ende incommunicable y continua: “al deleitarme con lo bello conozco “algo” directamente y no en su imagen o concepto, ya que mi alma “lo ve”, lo aprehende y goza en un acto tan súbito, que no sabe si goza porque conoce o si conoce porque goza”.

**4ª Estación: La vocación del alma** “La verdadera vocación del alma es la de una dicha perpetua lograda en el descanso que da la posesión infinita del bien, de un Bien que necesariamente debemos concebir como Uno y Eterno. Y ese encuentro con la belleza, la verdad y el bien, engendra una plenitud en la que el alma anhela permanecer y descansar. Pero, ¿por qué entonces el alma desciende? “se pregunta el Poeta ¿de qué naturaleza es el error que comete? (21)

**5ª Estación: El Descenso** Desciende porque las cosas creadas la están llamando con la fuerte voz de su hermosura. Su sed es legítima, pero comete un error. Es un error de proporciones y anda ciego su amor, y su amor anda ciego porque no abre los ojos de su inteligencia amorosa. El alma confunde su vocación, pues entre el bien relativo que le ofrece la creatura y el Bien Absoluto con que sueña, elige el primero que es incapaz de saciar su sed de Absoluto. Por amar la belleza de las creaturas se distrae, se aparta y aleja de la forma del Creador, de la cual es imagen y semejanza, y al apartarse de su forma, el hombre se aleja no sólo del Creador (que es el original) sino también de sí mismo que es su imagen. Y así explica el Poeta, lo que no le da un amor, el alma lo busca en otro; y “el alma está como dividida en la multiplicidad de sus amores, con lo cual no encuentra su vocación; y así corre ansiosa de un amor al otro, y

se desasosiega una y otra vez tras ellos, con lo cual malogra su vocación de la paz o y de reposo. (22)

**6ª Estación: La Esfinge** se entretiene desafiando la integridad del alma, confundiéndola con acertijos que ocultan la clave para descifrar la paradoja: “El alma comienza a entender que las criaturas nos incitan a un comienzo y no a un final del viaje; que la Creación nos propone la verdad en enigmas, como la Esfinge que mató Edipo cerca de Tebas, porque la Creación es también una Esfinge como la del conocido mito, monstruo poliforme que detiene a los viajeros y les plantea un enigma: “si los viajeros no lo resuelven, la Esfinge, como en el mito, los despedaza y los devora.” (23)

**7ª Estación: El Juez.** Al permanecer en el reino de la Esfinge, intentando reposar en el amor de las criaturas como si fueran un fin y no un medio, el alma humana comete tres injusticias: 1) “una injusticia con las criaturas, al exigirles, por violencia, lo que las criaturas no le pueden brindar; 2) una injusticia consigo misma, pues, al descender amorosamente a las criaturas inferiores, termina sometiéndose a ellas... y 3) una injusticia con la Divinidad”. (24) Para que ello no ocurra, el hombre debe constituirse en Juez y remediar estas injusticias, su misión ante las criaturas inferiores, no es la de apegarse a ellas como un esclavo sino la de restituir las a la Unidad que preside todas las cosas”. El hombre debe ser el pontífice de las criaturas terrenas, hacerles ir hacia lo Uno, debe intentar reconstruir el estado anterior a la caída en el que Adán ocupaba un lugar central en el Paraíso que ha abandonado. Allí como relata el Génesis, Dios reunió a todas las criaturas y las enfrentó a Adán, para que les diera un nombre y Adán supo así darles sus nombres verdaderos, porque miraba a las criaturas en Dios, su Principio creador. Ese acto de justicia es el que las criaturas esperan siempre del hombre y eso es lo que debe ser el hombre para las criaturas: SU JUEZ. Y si bien es cierto que la caída del primer Adán significó su alejamiento del paraíso, a pesar de todo, el hombre sigue ocupando aún después y aún hoy la posición central de su mundo, como pontífice y juez. Por cierto, que no es ya fácil la tarea. Debe cultivar ahora, no un paraíso de delicias, como antes de la caída, sino una tierra dura que le reclama el sudor de su frente, en el que la creación entera fue haciéndose un intrincado enigma que solo el hombre puede aclarar mediante el trabajo penitencial de su intelecto y de sus sentidos. También como en los tiempos del paraíso la criatura sigue mostrándole al hombre la imagen de la Divinidad, aunque ahora a través de oscuras neblinas que sin duda no están en las criaturas, sino en el hombre caído que muchas veces descende, se engaña y cae.

**8ª Estación: El microcosmos.** Pero el hombre que se constituye en Juez inicia un camino hacia la sabiduría leyendo adecuadamente el libro de la Creación. Entonces la Esfinge lo vomita y le comienza a revelar sus misterios: “Porque las cosas -dice Agustín- no responden sino al que las interroga como juez” “¿Cuál es el secreto que las criaturas revelan al hombre su juez y ocultan a su esclavo?” (25) Su primer regalo es revelarle su desproporción. El Juez se hace capaz de reconocer la distancia que separa su vocación de las criaturas. Al revelarle esa desproporción, las criaturas no hacen sino confirmarle en cada experiencia su infinita sed; y como dicha sed es el secreto del hombre, la Creación (sea Esfinge o Libro), amorosamente interrogada o leída, le revela, no su secreto, sino nuestro secreto..., es decir el secreto del hombre.

Es un problema, de “aritmética amorosa” el de nuestro personaje, el hombre que no sabrá juzgar de

amores hasta que descubra su número de juez. ¿Quién le revelará ese número? El Poeta responde con otro canto, esta vez de esperanza: “Será una vez más El amor de las creaturas, para que vuelva el hombre a Dios por los mismos vestigios que lo apartaron de Él” (26)

**9ª Estación: El ascenso.** Justamente en esa la conciencia de la “desproporción”, de su “insatisfacción”, y “desengaño”, de su “fracaso en el amor”, el hombre Juez descubre que “se agranda su vocación” y “se acorta su posibilidad terrena” y así, incluso a veces con vergüenza y dolor “la vara del Juez va reverdeciendo entre sus manos, en un retoñar de la amorosa justicia”, “y así recoge sus pedazos y reconstruye su maltratada unidad, retornando a sí misma ... y reasumiendo esa forma que... es la imagen y semejanza que tiene de su Creador, Intellecto Amoroso, y es entonces que el hombre Juez “inicia el camino de vuelta”, de donde nunca debió haber Salido. (27) Ahora sí, medita el hombre sobre sí mismo y en su sed se reconoce llamado, por eso concluye: “Oigo que se me llama, y pienso que todo llamado viene de un Llamador y que por la naturaleza del llamado puedo conocer la naturaleza del que llama.” Vocación al Amor con mayúsculas, la Bondad, la Hermosura, la Verdad, el Origen y el Fin. “Y como todos esos nombres asignados a mi llamador razona sólo convienen a la divinidad, Dios es el nombre del que me llama.” (28) Gracias a su capacidad de constituirse en Juez, el hombre, el héroe, como lo llama Marechal (el vocablo viene de Eros), deja de ser un fantasma debatiéndose entre fantasmas, deja de mirarse egoístamente como un Narciso en el agua del arroyo, y así se descubre a sí mismo como amante y así descubre al Amado en el amante, norte genuino y sabroso de su vocación amorosa. (29)

**10ª Estación. El “sí de las creaturas”.** Ahora, sí. Las creaturas hablan al hombre que ha empezado a comprender el llamado, que ha agudizado sus oídos, abierto sus ojos y desatado su intelecto de amor: “Somos bellas”, le susurran las creaturas “pero no somos la hermosura que nos creó hermosas. Somos verdaderas, pero no somos la Verdad, que nos creó verdaderas, Somos buenas, pero no somos el Bien que nos creó buenas, somos el llamado hermoso, pero no somos la Hermosura que te llama. Búscala más arriba”, Búscala más arriba y así una a una enunciando los Nombres que le reveló la meditación en su vocación, repiten una y otra vez en una sinfonía maravillosa: ¡Búscalos más arriba!

**11ª Estación: Los tres movimientos del alma.** Se mueve con un triple movimiento: uno circular, otro oblicuo y otro directo. Por el movimiento circular, el alma deja las cosas exteriores, vuelve sobre sí misma y concentra sus facultades en la idea de Unidad, el oblicuo es movimiento de raciocinio y deducción y por el se ilustra el alma en la ciencia divina. El movimiento es directo cuando el alma se vuelve a las cosas exteriores y se remonta por ellas a las ideas de unidad, para por fin volver al movimiento circular deseosa de ver en su propio centro no ya esa imagen de la Unidad que vio en la creatura, sino el original de esa imagen, vale decir la Unidad misma, en cuya intuición y posesión sabrosa se cifra el término de su viaje y el comienzo de su reposo en Dios, la felicidad plena

**12ª Estación: El mástil.** Por último, Ulises y las sirenas simbolizan la aventura del hombre y el retorno precavido del alma a su Itaca celestial, es Ulises que se libró de Circe la maga y de Calipso, no consintiendo en permanecer junto a ellas. El peligro, dice el Poeta no está en escuchar a las sirenas, sino en dirigirse a ellas en descenso de amor. Atado al mástil, Ulises, en cambio no se priva del gozo de su

canto y a la vez no permite que la Sirenas lo desvíen de su ruta. No desciende a ellas, ni es dividido y devorado, pues está sujeto de pies y manos como lo jueces y no abandona si quiera el rumbo a su Dulce Patria, que es su verdadero hogar, porque la virtud del mástil se lo impide. Es porque ha encontrado su «desde dónde» abrirse al mundo creado. Y es allí donde el mástil de la nave se revela como Cruz. Y el Poeta concluye la obra con este último canto de victoria: “Pero la verdad fue revelada más tarde «a los pequeñitos». Y el Verbo Humanado que nos la reveló, no lo hizo sin dejarnos un mástil: el mástil de los brazos en cruz a que se ató Él mismo para enseñarnos la verdadera posición del que navega, el mástil que abarca toda vía y ascenso en la horizontal de la «amplitud» y en la vertical de la «exaltación»”. (30). En la Suprema Belleza del Verbo Humanado, concluye este tempestuoso y a la vez pacífico viaje del hombre, ese mar bravío y calmo, según las ocasiones, que es la aventura de la vida, la del artista, pero también la de todos y cada uno de los hombres. También la de todos los que estamos aquí que necesitamos como nadie de la belleza de la creación entera para descubrir en ella y en sus maravillas, la Suprema Belleza que es Cristo y poder así arribar al puerto feliz de nuestro destino final, que no es otro que el Amor.

Con una sola condición paradójica: “Como nos enseña Benedicto XVI (31) el tercer versículo del Salmo 44 que se reza en Cuaresma dice: «Eres el más bello de los hombres; en tus labios se derrama la gracia”.

El salmo reconoce a Cristo como el más bello de los hombres; la gracia derramada en sus labios manifiesta la belleza interior de su palabra, la gloria de su anuncio. De este modo, no sólo la belleza exterior con la que aparece el Redentor es digna de ser glorificada, sino que en El, sobre todo, se encarna la belleza de la Verdad, la belleza de Dios mismo, que nos atrae hacia sí y a la vez abre en nosotros la herida del Amor, la santa pasión («eros») que nos hace caminar, en la Iglesia esposa y junto con ella, al encuentro del Amor que nos llama. Pero el miércoles de la Semana santa, continua Benedicto la Iglesia cambia la antifona y nos invita a leer el salmo a la luz de Isaías: «Sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, con el rostro desfigurado por el dolor» (53, 2).

¿Cómo se concilian estas dos afirmaciones? El «más bello de los hombres» es de aspecto tan miserable, que ni se le quiere mirar. Pilatos lo muestra a la multitud diciendo: «Este es el hombre», tratando de suscitar la piedad por el Hombre, despreciado y maltratado, al que no le queda ninguna belleza exterior.

Como preguntarnos frente a esta angustiante y aparente contradicción: ¿puede la belleza ser auténtica, no será acaso más que una vana ilusión? ¿La realidad, no es malvada en el fondo, como lo prueba, el rostro de Cristo sufriente, despreciado, escupido y maltratado?

En la actualidad, continua Benedicto esto se ha reflejado en la afirmación de que, después de Auschwitz, sería imposible volver a escribir poesía, volver a hablar de un Dios bueno. Muchos se preguntan: ¿dónde estaba Dios mientras funcionaban los hornos crematorios? Esta objeción, para la que existían ya motivos suficientes antes de Auschwitz en todas las atrocidades de la historia, indica que un concepto puramente armonioso de belleza no es suficiente. ya no basta en absoluto

Es que, en la Pasión de Cristo, la experiencia de lo bello recibe una nueva profundidad, un nuevo realismo. Aquel que es la Belleza misma se ha dejado desfigurar el rostro, escupir encima y coronar de

espinas. Precisamente en este Rostro desfigurado aparece la auténtica y suprema belleza: la belleza del amor que llega «hasta el extremo» y que por ello se revela más fuerte que la mentira y la violencia. El que cree en Dios, en el Dios que precisamente en las apariencias alteradas de Cristo crucificado se manifestó como amor «hasta el final» (Jn 13, 1), sabe que la belleza es verdad y que la verdad es belleza, pero en el Cristo sufriente comprende también que la belleza de la verdad incluye la ofensa, el dolor e incluso el oscuro misterio de la muerte, y que sólo se puede encontrar la belleza aceptando el dolor y no ignorándolo. Es bien conocida la famosa pregunta de Dostoievski: « ¿Nos salvará la Belleza?». Pero en la mayoría de los casos se olvida que Dostoievski se refiere aquí a la belleza redentora de Cristo. Si no conocemos ésta gran verdad solo de palabra, sino que nos traspasa el dardo de su belleza paradójica, entonces empezamos a conocerlo de verdad, y no sólo de oídas. Entonces habremos encontrado la belleza de la Verdad, de la Verdad redentora.

- (1) No existe un tratado de Santo Tomás sobre la belleza, como ocurre con muchos otros temas. Su obra sobre la cuestión tiene sin embargo una profundidad extraordinaria. Sus principales fuentes son por una parte las Sagradas Escrituras, los filósofos griegos clásicos, Platón y Aristóteles, los Padres de la Iglesia, en particular San Basilio y San Agustín, Pseudo Dionisio Aeropagita y San Alberto Magno. Sus escritos principales sobre el tema se encuentran repartidos en varias de sus obras más diversas: en comentarios de las obras de Aristóteles, en la Suma Teológica y en la Suma contra Gentiles, muy particularmente en su Comentario al Libro de los Nombres Divinos del Pseudo-Dionisio Aeropagita, en el De Veritate, en el Opúsculo de Pulchro et Bono que varias veces le fuera atribuido aunque no se sabe con certeza si fue suyo y en varios Comentarios de las Sagradas Escrituras y en el Libro de los Salmos.
- (2) Sum. Theol, I, q 5, a.4, ad. 1
- (3) Idem anterior, pag. 32 y Sum. Theol, I, CI, a.10 "Es propio de lo humano que llegue a lo inteligible por lo sensible, puesto que nuestro conocer empieza por los sentidos".
- (4) Sum Theol, I, q 39. A 8.
- (5) Sto. Tomás, Comentario al libro de los Nombres Divinos, Lección VI.
- (6) Sto. Tomás, Comentario a los Salmos, Ps, XXV, 5
- (7) Opúsculo de Pulchro et Bono atribuido a San Alberto Magno y a veces a Santo Tomás
- (8) Dionisio Aeropagita, De Divini Nominis, Cap 4, Comentario St. Tomas, lección 9
- (9) Obra citada en nota 2, pags. 40, 41, 42
- (10) De Divini Nominis, Cap 4, Comentario St. Tomas, lecciones 5 y 6
- (11) Barcia, Pedro Luis: Estudio Preliminar y notas a Descenso y Ascenso del Alma por la Belleza de Leopoldo Marechal, Ed. Vórtice, 1993, pág. 13
- (12) Bernárdez, Francisco, Luis, Prólogo a "Descenso y Ascenso del Alma por la Belleza de Leopoldo Marechal, pag.9/12, Ed. Vórtice, Buenos Aires, 2016.
- (13) Marechal, Leopoldo, "Descenso y ascenso del Alma por la Belleza pag.9/12, Ed. Vórtice, Buenos Aires, 2016
- (14) Barcia, Pedro Luis, obra citada nota 11, pág. 22
- (15) Belgrano Mateo y Mosto, Marisa, El Platonismo agustiniano de Marechal, l.b. Mosto Marisa "En torno al Ascenso y Descenso del alma por la belleza", pag.4, ENDUC, Jornadas: Aportes católicos al desarrollo Histórico de la Argentina
- (16) obra citada en nota 13, pág. 20.
- (17) obra citada en nota 15, pág. 5
- (18) obra citada en nota 13, pág. 7
- (19) obra citada en nota 13, pág. 8
- (20) obra citada en nota 13, pag.15
- (21) obra citada en nota 15, pág. 6
- (22) obra citada en nota 13, pág. 30,31.
- (23) obra citada en nota 13, pág. 33
- (24) obra citada en nota 13, pag.38
- (25) obra citada en nota 15, pág. 45
- (26) obra citada en nota 13, pág. 46
- (27) obra citada en nota 13, pág. 48
- (28) obra citada en nota 13, pag.50
- (29) obra citada en nota 15, pág. 10.
- (30) obra citada en nota 13, pág. 62
- (31) Card. Joseph Ratzinger, La Contemplación de la Belleza, Meeting. de Rímimi, 21/09/2002